

## 1836. La Legión Británica y el “*affaire Fuenterrabía*”

Iniciaba su relato un conocido autor afirmando que *“nada extraordinario había ocurrido en Fuenterrabía durante los años de la ocupación napoleónica (1808 a 1813), ni durante la guerra civil, llamada Carlista”*. Pero si durante la invasión napoleónica sí habían ocurrido cosas extraordinarias como la toma de la ciudad por un puñado de hombres al mando del sargento Leguía, o el cruce del Bidasoa por las tropas de Wellington, también en la Primera Guerra Carlista sucedería alguna cosa extraordinaria. Al menos si tomamos como extraordinario el hecho de que un ejército de 10.000 hombres apoyado por una escuadra naval, atacara a una ciudad defendida por una guarnición de sólo 300, y tuviera finalmente que retirarse; que la noticia de lo que acabó denominándose el *“affaire Fuenterrabía”* ocupara las páginas de los periódicos nacionales y extranjeros durante semanas; y que desde la propia potencia atacante se calificara el intento como *“el mayor desastre que haya sufrido jamás un ejército”*. Vamos al asunto.

En octubre de 1833 empezaba la Primera Guerra Carlista. Una guerra que duraría siete años. Siguiendo a Santoyo: *“En las provincias vascongadas la guerra comenzó con claro dominio carlista. Zumalacárregui batía una y otra vez a todos los generales que el gobierno enviaba contra él, hasta el punto de que la causa Cristina parecía definitivamente perdida en el País Vasco. Sin embargo ocurrieron dos hechos casi simultáneos que cambiaron el curso de la contienda: la muerte del estratega guipuzcoano en Cestona (junio de 1835) y la intervención de tropas francesas, portuguesas y británicas a favor de la Regente”*.



*Hondarribia desde el río Bidasoa en 1836, ilustración de T.L. Hornbrook (1840). A la derecha, la destruida Lonja del Puntal*

Pero, mientras que la División Auxiliar portuguesa estaba formada por tropas regulares y la Legión Extranjera francesa por veteranos de las guerras africanas, el caso británico iba a ser muy diferente.

Gran Bretaña ya se había comprometido un año antes a *“enviar armas y municiones, así como fuerzas navales”*. Y en Octubre de 1834 Lord John Hay reforzaba el bloqueo naval sobre la costa vasca, suministrando al ejército liberal *“más de cincuenta cañones, trescientos mil fusiles, tres millones de cartuchos y diez mil barriles de pólvora”*. Pero la predicción del gobierno cristino de que *“con sólo ver ondear el pabellón británico en las costas del Norte (...) bastaría para desalentar á los rebeldes más obstinados en su mal propósito”*, no se cumplió. Las victorias de los hombres de Tomás de Zumalakarregi Imaz habían continuado.

Ante la negativa británica a que su ejército interviniera directamente en una guerra ajena apoyando a uno de los bandos, el embajador español en Gran Bretaña, General Alava, propuso una intervención “no oficial”. Solicitó al gobierno inglés que *“para terminar rápidamente con la desafortunada contienda que concentra la atención y las tropas del gobierno español en Navarra y las provincias vascas, tiene el honor de solicitar (...) que se le autorice a*

*reclutar en el Reino Unido un cuerpo de 10.000 hombres*”. Una fuerza armada voluntaria, reclutada y pagada por el gobierno español, que interviniera sobre el terreno en favor y a las órdenes del bando liberal. La idea gustó al responsable de la política exterior británica, el liberal Lord Palmerston. Pero disgustó profundamente a los conservadores que bajo el liderazgo de un viejo conocido nuestro –Lord Wellington- se mostraban favorables a la causa de don Carlos de Borbón.

Lord Palmerston consiguió que el 10 de junio de 1835 el gobierno diera el visto bueno a la solicitud española. El general Alava nombró comandante de la futura fuerza con el grado de teniente general a Sir George de Lacy Evans. Evans, diputado del partido liberal que llevaba casi veinte años retirado de la vida militar, consideraba que podría conseguir fácilmente 10.000 soldados de élite y quinientos oficiales del máximo nivel. Pero Wellington, comandante en jefe vitalicio del ejército británico, contraatacó consiguiendo que el alto mando del ejército británico se opusiera a que en esta fuerza sirvieran oficiales del ejército inglés. De esta forma sólo 10 de los mandos tuvieron esta procedencia, otros cincuenta tenían un origen muy variopinto y *“los 344 restantes no habían estado nunca en filas y fueron elegidos por su amistad con Evans o por su conocido liberalismo”*.

Pero si la oficialidad de la Legión Auxiliar Británica no iba a ser la esperada, tampoco la tropa iba a seleccionarse entre las más escogidas. Las pésimas condiciones de vida en aquel entonces en el Reino Unido y la excelente oferta que se hacía, hacían presagiar un enrolamiento masivo. Se abrieron oficinas de reclutamiento en Londres, Liverpool, Dublín, Glasgow y otras ciudades. Sí que se produjo un reclutamiento masivo, pero no precisamente de tropas de élite. A ello contribuyeron, además de la opinión negativa de medios de comunicación y opinión pública hacia esta *“fuerza mercenaria”*, el que no se precisara formación ni experiencia militar y que los agentes encargados del reclutamiento cobraran *“por pieza”*, con lo que se preocupaban mucho más por la cantidad que por la calidad.



*Caricatura de la Legión Auxiliar Británica realizada por Major, soldado de la Legión Británica en 1835. Puede verse a un inglés descalzo y a un irlandés acompañado por su esposa e hijo. Según el autor “no es una imagen exagerada”. Major (1837)*

Y así entre julio y octubre de 1835 fueron llegando a los puertos vascos unos 10.000 hombres, a los que tenemos que sumar más de 250 niños y quinientas mujeres que acompañaban al contingente irlandés. Tenía que quedar claro que no se trataba de un ejército inglés, así que las autoridades británicas prohibieron su instrucción militar sobre suelo y naves inglesas. Por lo que, nada más desembarcar, *“tuvieron los aliados que aprender el ejercicio antes de ir a batirse, por ser casi todos extraños a la milicia, lo cual no permitió emplear desde luego esta fuerza”*. Su llegada supuso más una inyección moral para las tropas liberales que una ayuda práctica. Para el bando carlista fue una fuente de preocupación y de indignación. Don Carlos publicó el decreto de Durango, según el cual los ingleses *“que cayesen prisioneros serían fusilados sin más tiempo que el necesario para cumplir con sus obligaciones religiosas”*. Para desgracia de los británicos este decreto se cumpliría escrupulosamente.

Wellington calificó a estas tropas como la *“hez de la tierra”*. Pero no debemos equivocarnos. Si bien en gran número eran mercenarios en el sentido de que se habían enrolado únicamente por dinero, había también una apreciable

proporción de aventureros, idealistas liberales y revolucionarios, artistas y profesionales de las más diversas ocupaciones. La Legión Auxiliar Británica era un conglomerado de muchas cosas. Todo menos un contingente militar.

George de Lacy Evans afirmaba que necesitaría dos meses para poner a la Legión en estado operativo. Pero el mando liberal y las tropas carlistas no le dieron tiempo. El 29 de agosto ya estaban combatiendo en Hernani, y en septiembre ayudando a romper el sitio de Bilbao. Eran aún muy pocos y mal preparados, lo que llevó a los partidarios de Don Carlos a pensar *“que no había nada que temer de aquel atajo de borrachos y mendigos”*.

Su primera gran victoria se produjo el 5 de mayo de 1836, cuando rompieron prácticamente ellos solos el cerco al que estaba sometido San Sebastián. La legión estaba exultante. Habían enviado a los carlistas y a los *“Torys”* ingleses su mensaje, ya no eran aquella *“banda de cobardes que sólo atacaban borrachos, y a los que se podía batir fácilmente”*. Continuaron su avance y el 28 de mayo, junto con la escuadra de Lord Hay, tomaron el puerto de Pasajes.

El día 9 de julio decidieron atacar Hondarribia. La toma de la ciudad fronteriza abriría un pasillo liberal hasta Francia. Así que, para contar con el factor sorpresa, se hace correr el rumor de que van a dirigirse hacia Santander. Pero hasta la prensa se entera de la operación: *“Se confirman los rumores que hablan de una próxima acción. Las unidades quedan en estado de alerta. El objetivo será Fuenterrabía”*



*Puente de Amute y convento de capuchinos en 1836, realizada por H. Wilkinson ( 1838)*

Al atardecer del día 10 empiezan a cruzar el puerto de Pasajes en barcazas. Descansan, y al amanecer inician su marcha a través de la parte alta de Jaizkibel. Es un cuerpo de ejército mixto: 5.000 británicos (4.500 hombres de la Legión Auxiliar Británica y 500 marinos reales) y unos 5.000 peninsulares (entre *txapelgorris* y los regimientos de Zaragoza y Oviedo). Su avance hacia Hondarribia está protegido a su derecha por las rampas de Jaizkibel, y a su izquierda desde el mar por el escuadrón naval de Lord Hay. Los buques *Phoenix*, *Salamander*, *Gubernadora* e *Isabella*, junto a una docena de lanchas artilladas, navegan en paralelo a ellos. Se sienten seguros, mientras entonan la canción preferida de los escoceses, *“take me while I’m in the humour”*. Observando el avance, el sargento Somerville afirma: *“En este momento ninguna unidad militar es superior a la Legión”*.

Las tropas carlistas –a las que habían llegado ya los rumores- se dan cuenta del movimiento, y al mando de Gibelalde avanzan por el valle en dirección a Irún y Hondarribia. Pero los *txapelgorris* y los escoceses del coronel Shaw llevan ya mucha ventaja y se mueven muy rápidamente. Su objetivo es llegar antes que los carlistas al puente de Amute, y bloquear la vía principal por la que el enemigo puede auxiliar a Hondarribia. Cuando están a punto de llegar al puente reciben una orden incomprensible que tendría después nefastas consecuencias. Se les hace esperar hasta que llegue el resto de las tropas de Evans. Con lo que se da tiempo a que los carlistas lleguen al puente.

Tras mucho insistir, Shaw recibe por fin la orden de atacar y ocupar el puente. Divide a sus hombres en dos columnas. Una se coloca frente a Hondarribia para frenar una posible salida de los defensores de la ciudad, y la otra –unos 300 hombres entre txapelgorris y escoceses del 6º regimiento- cruza el puente de Capuchinos. Pero ya es demasiado tarde. Al otro lado del puente hay preparados ya 2.500 realistas. *“La lucha entre chapelgorris y chapelchuris alcanza como siempre caracteres de epopeya”*. No queda otro remedio que retroceder al lado norte del puente. Pero el puente es muy estrecho y parte de los escoceses, conocedores del final que les espera a los británicos, prefieren saltar al agua antes que ser hechos prisioneros. Son tiroteados en el agua. Desde el grueso de las tropas de Evans, que está a más de una milla y aún no ha disparado un tiro, se afirma que *“se podía ver, desde la distancia a la que estábamos, que algunas de las bandas de tartán –de cuadros escoceses- se habían convertido en trofeos para el enemigo. Ondeaban en los cañones de los mosquetes carlistas”*.

El general Chichester ya no puede más y ordena a su hombres que ataquen, pero es frenado por el alto mando y obligado a volver atrás. Se envía a algunos lanceros a caballo, que suponen un respiro para la tropa de Shaw, y hacen retroceder a los carlistas. Continúa los avances de uno y otro lado hasta que, a media tarde y aprovechando la marea baja, los carlistas consiguen cruzar el río y envolver a las tropas de Shaw. El mando decide enviar a dos compañías de veteranos de la marina real, los *Royal Marines*, que vuelven a estabilizar la situación.

Hay que insistir en que el resto de las tropas hispano-británicas seguían sin intervenir. Shaw diría después que *“inexplicablemente el resto de las fuerzas de Evans se limitó a un papel de mero observador”* desde los altos cercanos a Jaizkibel.

Mientras tanto la escuadra de John Hay *“parecía disparar a ver qué pasaba, y la mayoría de sus disparos se dirigían a las zonas en las que menos daño podían hacer”*. Disparando fundamentalmente contra elementos extramuros de la ciudad como la casa Lonja del Puntal. Según los relatos británicos, sólo se disparó una vez contra un objetivo claro de la ciudad amurallada cuando *“la guarnición (de la ciudad) pensando que podía hacer algo más contra la armada británica, comenzó a disparar sobre el Salamander con un cañón desde una torre redonda”*, hasta que uno de los disparos cayó demasiado cerca del buque. *“El Salamander disparó dos o tres veces con su artillería pesada. Vimos la explosión, se elevó una nube de humo y polvo. Y cuando la nube se disipó, la torre había desaparecido”*.



*Vista norte de Hondarribia en 1836, realizada por H. Wilkinson (1838).*

Al atardecer Evans dio la orden de retirada. *“la mayoría de la Legión no había descendido de la colina, así que la retirada no fue difícil para ellos”*. Ordenó también la retirada a los *Royal Marines*. Mientras tanto, Shaw y los escoceses -ya casi sin munición y totalmente agotados- seguían peleando en el puente. Finalmente, viendo que estaban totalmente solos, tuvieron que retirarse con los carlistas pisándoles los talones. Según Richardson la mayoría de los batallones pasó todo el día en la reserva sin disparar un solo tiro *“y nada podría superar a la estupefacción de todos cuando se recibió la orden de retirada”*. A nadie se le ocultaba que el ataque ha sido un auténtico fracaso.

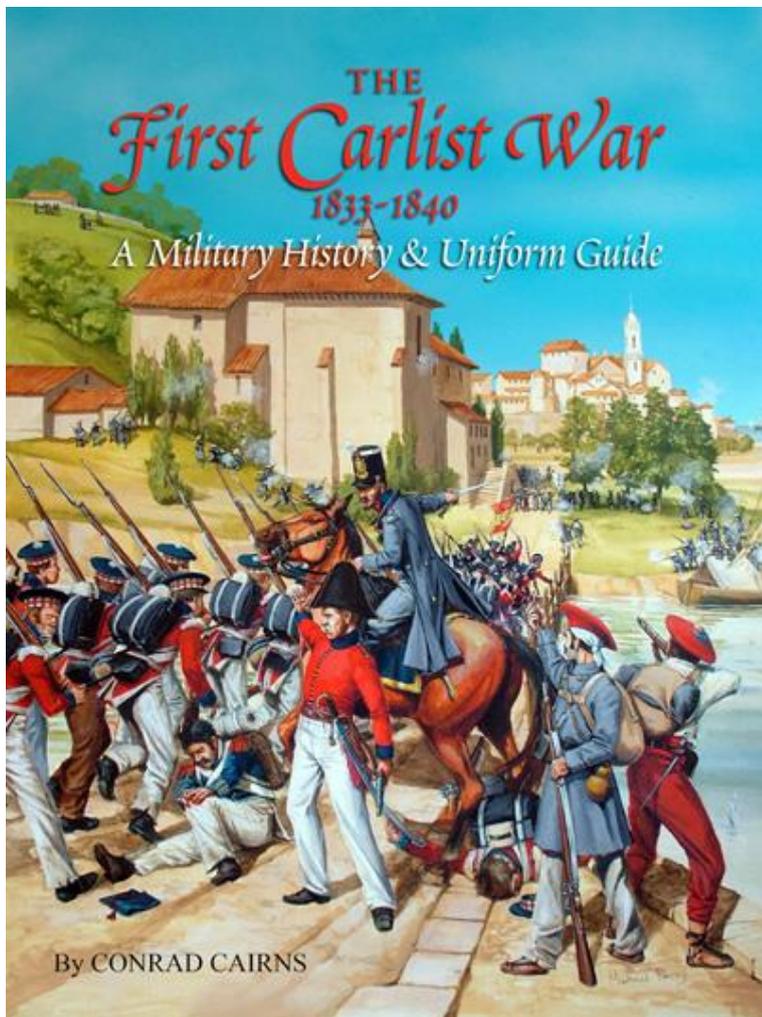
La retirada, nuevamente a través de Jaizkibel, se produjo en condiciones infernales. Era una noche cerrada y casi sin visibilidad por la niebla. Muchos soldados se perdieron. Muchos de los perdidos fueron hechos prisioneros por los carlistas que en grupos guerrilleros les perseguían de cerca. Y los prisioneros ingleses tenían siempre el mismo final. El decreto de Durango se cumplía siempre.

Cuando llegaron a Pasajes el día 12, derrotados y desmoralizados, bebieron todo lo que encontraron cambiando por alcohol los botones de metal de sus casacas. Sentían que habían hecho el ridículo y que *“todo el prestigio conseguido de forma tan clara el día 5 de mayo se ha venido, en pocas horas, por los suelos”*. El teniente Holt, de los *Royal Marines*, lo resumió con un *“jamás se ha gestionado algo tan mal bajo el sol”*.

*Ilustración de Michael Perry para la portada de la obra de Cairn (2009). Claramente está basada en la ilustración de H. Wilkinson. Muestra a los txapelgorris y al 6º de escoceses intentando cruzar el puente de Amute.*

*No debe sorprender que esta batalla ocupe la portada porque para los británicos fue la más analizada, comentada y discutida de la Primera Guerra Carlista.*

*Pero la ilustración tiene un error. Si nos atenemos a los relatos sobre la batalla, las tropas estaban situadas al revés. Los carlistas de Gibelalde atacaban desde el lado de Irún y los británico-liberales de Shaw desde el lado hondarribiarra del puente.*



A partir de aquí los sucesos se desarrollan uno detrás de otro rápidamente. El *London Courier* publicó la semana siguiente un artículo sobre lo que se acabaría denominando el *“affaire Fuenterrabía”*. Para Evans la información sólo podía provenir del coronel Shaw. El enfrentamiento entre ambos terminó, en este primer acto, con la dimisión de Shaw y su vuelta a Inglaterra. El parlamento británico y la prensa inglesa se ocuparon largamente del asunto con duras críticas hacia Evans y la Brigada Auxiliar Británica. Y no sólo por haberse retirado incomprensiblemente cuando con tropas muy superiores lo tenía todo a favor. Sino porque De Lacy Evans había cruzado la línea prohibida. Había utilizado los *Royal Marines*, tropas de élite de la marina de Sir John Hay, en una guerra ajena. Y, con esta derrota, había puesto en ridículo directamente a tropas regulares de su graciosa Majestad Británica.

Los escoceses –reclutados personalmente por el coronel Shaw- formaban, desde el principio, la tropa más preparada de la Legión. Estaban indignados porque se había dejado solos a sus compatriotas y a su jefe natural en el puente de Capuchinos. Se amotinaron y exigieron volver a Gran Bretaña. Se intentó hacerles volver al orden, pero no hubo manera. A punta de bayoneta se encerró al 6º en el castillo de La Mota, y al 8º se le embarcó hacia Santander. Pero siguieron en su actitud de rebeldía, y a Evans no lo quedó más remedio que permitir que la mayoría de los escoceses volviera a Inglaterra. La situación llegó también a la oficialidad. De los diez oficiales profesionales reclutados por Evans, nueve dimitieron.

Cierto es que un año después Evans y lo que quedaba de la Legión Auxiliar Británica consiguieron su objetivo tomando Irún y Hondarribia. La tenían muchas ganas a la ciudad de Hondarribia desde lo sucedido un año antes, pero se impuso la cordura. Sabían que tomarla hubiera costado 200 o 300 vidas propias, así que se ofrecieron a negociar una rendición. El 18 de mayo de 1837, el gobernador de la ciudad de Fuenterrabía don Nicasio Otamendi firmó el documento de capitulación. Las fuerzas atacantes eran tan superiores que el gobernador decidió capitular *“ahorrándose así mucho tiempo y muchas vidas”*.

La negociación duró horas porque Otamendi, antes de entregar la ciudad, le mareó un poco. Y probablemente lo hizo por dos razones: porque temía los desmanes de la tropa británica, y porque ridiculizar a la Legión Británica se había convertido en una costumbre muy arraigada entre los carlistas. Primero exigió que dos oficiales de la guarnición hondarribiarra fueran hasta Irún a comprobar *in situ* el resultado de la batalla anterior, lo que Evans aceptó. Cuando los oficiales volvieron, exigió que ningún soldado británico pisara la ciudad. Cuando el general inglés aceptó que sólo entrara en la ciudad un pequeño contingente de tropas, exigió que los prisioneros de la ciudad tuvieran preferencia en los intercambios posteriores, lo que los británicos también aceptaron. Y finalmente exigió que se le permitiera enviar un emisario a Don Carlos, para saber si el Pretendiente estaría de acuerdo o no con la entrega de la ciudad. Y aquí ya Evans se enfadó y le envió un ultimátum, *“si en cinco minutos no está aquí firmada la capitulación, y las puertas de la ciudad no están abiertas, comenzará el fuego de nuestras baterías”*.

Cuatro minutos después Otamendi aceptó, finalmente, que medio batallón entrara en representación de toda la Legión. En recuerdo a lo sucedido un año antes, el Coronel Ross –gravemente herido en la batalla del puente de Amute- al mando de lo que quedaba del 6º de escoceses subió por la Calle Mayor hasta la Plaza de Armas, mientras la guarnición hondarribiarra entregaba sus armas, formada en el glacis, a Evans y la Legión Auxiliar Británica.

Pero tampoco esta victoria iba a hacer olvidar el recuerdo del anterior ataque a Hondarribia. La reina regente Cristina condecoró a Evans y a la Legión por estas victorias en el Bidasoa. El diario *La Correspondencia de España* respondió a estos honores con dureza: *“la risa que han de excitar y burlas que han de sufrir del público cuantos se pongan el tal distintivo, sólo podrán soportarlas unas tropas que huyeron vergonzosamente el año pasado de los muros de Fuenterrabía, defendida por un puñado de realistas”*.

*La Calle Mayor en 1837, ilustración realizada por T.L. Hornbrook (1840) del interior de la recién tomada ciudad de Hondarribia. Hay que resaltar el detalle con el que el autor refleja lo que hoy podemos comparar a primera vista: los edificios de la Hondarribia de 1837.*



¿Qué pasó el 11 de julio de 1836? ¿Por qué Evans dio la orden de retirada con todo a su favor? Hay tantas razones como relatos escritos por los participantes en la batalla. Y son muchos. De las tres argumentaciones más citadas la primera es que De Lacy Evans estaba muy enfermo ese día. Los que estaban junto a él afirman que *“mientras se desarrollaba la acción, él se retorció de dolor tumbado en la hierba”*. La segunda es que con el mando casi fuera de combate, todas las órdenes estuvieron marcadas por la indecisión. Para muchos de los presentes *“fue el exceso de cautela lo que derrotó a la Legión”*. La excesiva precaución había hecho que el puente de Amute cayera inicialmente en manos carlistas, y la indecisión posterior llevó a que ya no hubiera finalmente más que dos posibilidades: atacar perdiendo más hombres que lo esperado, o retirarse. Y se decidió esto último.

La otra razón más citada es que Evans no estaba seguro del comportamiento de su tropa. Los soldados llevaban seis meses sin cobrar penique alguno, y los oficiales nueve. Y tenía miedo incluso a que se amotinaran. El comandante de la Legión, que achacó inicialmente a sus tropas este desastre, escribió a Espartero reprochándoles que *“no siendo una clase de hombres escogidos, debo confesar a usted francamente que no espero de ellos mucho bueno en adelante”*.

Todo esto contrasta con las razones aportadas posteriormente por el propio Evans, que se defendió ante el parlamento británico alegando que en realidad no trataba de tomar Hondarribia, sino de hacer un simple reconocimiento. Y que, una vez terminado el reconocimiento, las fuerzas se retiraron en perfecto orden. Es difícil aceptar que un movimiento militar que implica a 10.000 hombres y una escuadra naval pueda ser calificado de “simple reconocimiento”. Y también resulta complicado aceptar como “perfecto orden” que buena parte de sus soldados se perdiera en su retirada por Jaizkibel, que muchos de ellos fueran capturados por las avanzadillas realistas y que hasta los 32 volúmenes de la biblioteca de campaña del propio Evans cayeran en manos de Gibelalde.

*Sir George de Lacy Evans*

*Fotografía de Roger Fenton, publicada en 1855*



Un mes después de la toma de Hondarribia expiraban los dos años de compromiso de Evans y la Legión Auxiliar Británica con el gobierno de la Regente. Las muertes por enfermedad, las desertiones y las bajas en el campo de batalla habían reducido la Legión a poco más de 4.500 hombres. Y salvo una pequeña parte, que se renganchó, el grueso de la Legión volvió a Inglaterra *“casi todos medio desnudos y sin un solo penique en sus bolsillos”*. El *“affaire Fuenterrabía”* siguió pasándoles factura. Ni el gobierno británico ni la opinión pública quiso saber nada de ellos, hasta el punto de que en muchos puertos ingleses no se les permitió desembarcar. Las duras discusiones entre los oficiales por lo sucedido en Hondarribia, llevaron a muchos al campo del honor. Entre los más sonados, el hermano de Lacy Evans se batió en duelo con el coronel Shaw, y el propio general Evans se batió con el oficial Dickson. Del resultado del primero no sabemos nada, del segundo duelo Sir George de Lacy Evans salió gravemente herido.

Aunque el *“affaire Fuenterrabía”* hizo correr ríos de tinta en su época –son abundantes las noticias de prensa, los partes de guerra, las actas de sesiones parlamentarias y las memorias escritas por los participantes en la batalla- cuesta encontrar referencias posteriores en la bibliografía británica y peninsular. Parece como si la historia hubiera querido cubrir con un velo todo este asunto.

El más conocido recuerdo de la presencia de la Legión Auxiliar Británica en Gipuzkoa es el *cementerio de los ingleses* en el monte Urgull, donde están enterrados oficiales de la unidad. En la ciudad de Hondarribia nos han quedado fundamentalmente las ilustraciones que nos dejaron algunos de sus componentes. En particular, las obras del médico Henry Wilkinson y del oficial Thomas Lyde Hornbrook, que ilustran este trabajo.



*Fragmento de una ilustración de H. Wilkinson en 1837, mostrando la bahía de Txingudi (Wilkinson, 1838)*

Bueno. Quizá sí que nos haya quedado otra cosa. Aunque no hemos encontrado documentación que lo respalde, la tradición oral nos cuenta que estas tropas británicas fueron las inventoras de los “baños de mar” en Hondarribia. Hasta entonces se pensaba que bañarse en agua salada era peligroso para la salud. Ante la sorpresa de los hondarribiarras las tropas de la Legión se refrescaron en la playa sin nada que cubriera sus británicos cuerpos.

#### **Nota:**

Cualquier batalla es observada y relatada de forma muy diferente por los diversos bandos que intervienen en ella. Esta batalla fue, para los liberales, un simple movimiento de distracción para aliviar la situación del general Córdoba que tenía problemas en Baztan. No había intención alguna de tomar la ciudad, y por lo tanto la derrota no existió. Para los carlistas el mérito fue de la pequeña guarnición de Hondarribia que “*se defendió bravamente dentro de las ruinas de su recinto*” contra una fuerza muy superior, hasta que Gibelalde acudió en su ayuda. Nosotros, como queríamos contar el “*affaire Fuenterrabía*”, nos hemos basado fundamentalmente en fuentes inglesas, que reconocen abiertamente la escandalosa derrota, pero afirman que no se atacó directamente a la ciudad y que la batalla se limitó a la zona del puente de Amute y el convento de Capuchinos. Fuera como fuera con exactitud esta batalla, está hoy generalmente aceptada como el último asedio sufrido por la ciudad de Hondarribia en su larga historia militar.

Tetxu HARRESI, 22 de julio de 2013

#### *Fuentes:*

- Richardson, K.S.F. (1837), *Movements of the British Legion with strictures of the course of conduct pursued by lieutenant-general Evans*, Simpkins, Cornhill
- Shaw, C. (1837), *Personal memoirs and correspondence of the coronel Charles Shaw (...)*, Colburn, London
- Major, C. V. Z. (1837), *Civil war in Spain. Characteristic sketches of the different troops, regular and irregular, native and foreign, composing the armies of don Carlos and queen Isabella (...)*, Dickinson, London
- Wilkinson, H. (1838), *Sketches of scenery in the basque provinces of Spain (...)*, Ackermann, London
- Somerville, A. (1839), *History of the British Legion and war in Spain (...)*, Pattie, London
- Lacy Evans, G. (1840), *Memoranda of the contest in Spain*, Ridgway, London
- Hornbrook, T.L. (1840), *Twelve Views in the Basque Provinces illustrating several of the actions in which the British Legion was engaged with Carlist Troops*, Day & Haghe
- Pirala, A. (1868), *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista (...)*, Mellado, Madrid
- Burgess, D. (1967), *Evans and the British Legion 1835-1838*, Tesis doctoral, MacGill University, Montreal
- Santoyo, J.C. (1972), *La Legión Británica en la Primera Guerra Carlista*, Historia y Vida, nº 55, octubre
- Cairns, C. (2009), *The First Carlist War 1833-1840: a military history and uniform guide*, Perry miniatures, London
- *Actas de sesiones del parlamento británico, prensa de la época, etc.*